

I. MISTERIOS GOZOSOS.

La Anunciación. La Visitación.
El Nacimiento de Jesús. La Presentación de Jesús en el Templo.
Jesús perdido y hallado en el Templo.



Contemplar al Emmanuel

"Dios con nosotros".

El anuncio del nacimiento de un niño en un matrimonio o en una familia no deja a nadie indiferente. Es el misterio de la vida que se transmite, es la vida confiada a la humanidad. Los sentimientos que surgen por el nacimiento de un niño se reparten entre la alegría de un nuevo nacimiento y la incertidumbre sobre el futuro del niño.

La contemplación de los cinco misterios gozosos está marcada por el acontecimiento fundamental de la Encarnación: Dios se hace hombre en la persona de Jesucristo. De hecho esos misterios se desarrollan en torno a la persona del Emmanuel, "Dios con nosotros" y de María que, desde el comienzo del Evangelio, está invitada no solo a ser la madre de su Hijo según la carne, sino a engendrarlo por la fe en su corazón.

Este acontecimiento está marcado por la alegría. Las primeras palabras dirigidas a María por el arcángel Gabriel son una invitación a la alegría: "Alégrate, María". En su persona, toda la humanidad se siente aludida por esta invitación a la alegría; al igual que en su respuesta, su "Fiat", toda la humanidad está comprendida en esa disposición a hacer la voluntad de Dios.

La narración evangélica de la Visitación a Isabel y del Nacimiento de Jesús está también impregnada de una atmósfera de alegría. Juan Bautista "salta de alegría" en el vientre de su madre. (Lc 1,44) En Belén, los ángeles anuncian a los pastores "una gran alegría". (Lc.2,10).

Esta alegría, fruto de la presencia de Dios hecho

hombre en medio de nosotros, tiene su origen en un acontecimiento completamente nuevo: este niño viene al mundo para cumplir la voluntad del Padre y entregar su vida muriendo en la cruz para rescatar a la humanidad.

De hecho, los misterios de la Presentación y de Jesús perdido y hallado en el Templo son un anticipo del misterio de la Cruz. El niño será un "signo de contradicción" (Lc.2,34), debe ocuparse de "las cosas de su Padre" (Lc 2,49) y "una espada traspasará el alma de María" (Lc. 2,35). María, que "conservaba todas estas cosas en su corazón", comienza una larga peregrinación en el seguimiento de su Hijo.

Como los Apóstoles y como todo hombre que viene a este mundo, Bernardita fue llamada a la más alta contemplación, la contemplación de Dios. El evangelista San Marcos nos dice: "Jesús subió al monte, llamó a los que quiso, para que estuvieran con él..." (Mc.3,13). Antes de confiar cualquier misión a sus discípulos, el Señor los llama "para estar con él".

De la misma manera, al principio, María invita a Bernardita a estar con ella. Esto explica el silencio y la oración que rodean las siete primeras apariciones. Ese silencio es indispensable para que pueda existir el diálogo y, al mismo tiempo, para que las palabras pronunciadas puedan ser interiorizadas y realizadas.

Durante la tercera aparición María pronuncia tres frases: "no es necesario", "¿quiere usted hacerme el favor de venir aquí durante quince días?" y "no le prometo la felicidad de este mundo, sino la del otro". Estas tres frases están impregnadas de la alegría de la Buena Noticia que la Madre de Dios quiere compartir con Bernardita y, al mismo tiempo, de las

exigencias y la radicalidad del Evangelio. Aunque la primera frase es la respuesta a Bernardita, que pide a la Señora que le escriba su nombre, deja bien clara la pedagogía de María. De momento, lo más importante es "la alegría del encuentro". "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". (Mt.4,4)

Por el contrario, "venir aquí durante quince días" es necesario para que puedan consolidarse la relación y la amistad entre las dos jóvenes. De esta manera, la catequesis de María, que ya ha comenzado con el silencio y la oración, podrá seguir desarrollándose. Sin embargo, esto no significa que vayan a desaparecer las dificultades pues, en varias circunstancias durante la quincena de las apariciones Bernardita tendrá que recordar, a sí misma y a los demás, su compromiso y su promesa de fidelidad: "He prometido ir".

Además, esta invitación implica otro elemento importante: la libertad. Invitándola, María arriesga todo, en la espera de la respuesta de Bernardita. Igual que María experimenta la alegría de haber "encontrado gracia ante Dios", Bernardita expresa su alegría por haber encontrado a María. Lo mismo que María experimenta la alegría de haber respondido "sí" a la invitación del ángel, también Bernardita se alegra de haber respondido "sí" a la invitación de la Señora.

La respuesta afirmativa a esta invitación tiene una consecuencia: "la felicidad del otro mundo". Ese otro mundo está dentro de este mundo. Y esa felicidad se sitúa en lo íntimo de la relación que está naciendo entre esas dos jóvenes. El objetivo de esta relación es vivir según los frutos del Espíritu Santo: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí. (Gal 5, 22-23).

Una peregrinación es tiempo propicio para la alegría del encuentro, a la vez que un tiempo exigente. El encuentro supone: tomar la iniciativa, ir en busca del otro, poner siempre la caridad en el centro del encuentro. El fruto de esta experiencia de comunión es la presencia del Señor en el seno de la peregrinación.

Preguntas que nos podemos hacer:

- ¿Quién me ha enseñado a rezar el rosario?, ¿En qué circunstancias? ¿Lo rezo solo, en familia, con otras personas, todos los días, de vez en cuando, en las fiestas de la Virgen?
- ¿El hecho de ser cristiano es motivo de alegría en mi vida? ¿Las exigencias del Evangelio abren mi vida a otra realidad distinta? ¿La oración es un elemento importante en mi búsqueda de Dios? ¿Me reúno con otras personas para rezar y meditar la Palabra de Dios, para compartir la fe?
- ¿Renuevo de corazón mi compromiso de vivir como cristiano? ¿En Navidad, en Pascua, en cada misa, todos los días, antes de tomar una decisión importante?

Gestos que se pueden realizar durante la peregrinación

Al comenzar la primera celebración, invitar a los peregrinos a saludarse mutuamente, solo porque experimentan la alegría de vivir juntos la experiencia de la peregrinación. Rezar en pequeños grupos, los misterios del rosario.

Después de la peregrinación.

Una palabra del Evangelio puede ayudarnos a entrar en la alegría de la radicalidad de la vida cristiana: "Para Dios nada hay imposible". (Lc 1,37).